

dor, condenado por inmoral y por blasfemo y que antes de los cuatro lustros de existencia se había familiarizado con las obras de los sociólogos Vico, Herder, Rousseau, Volney y Cousin, llegó a París en la época de sus entusiasmos juveniles, no para entregarse a los placeres fáciles o a las vanas amistades de personajes célebres, sino para lo que consideraba su ideal de hombre de letras junto a sus maestros Lamennais, Michelet y Quinet.

«Salí de allí—de casa del filósofo bretón, cuenta Bilbao,—como el profeta, amando a mis semejantes, pero indiferente al mundo. Mi alma renovada como en la esencia divina, en la contemplación del bien que quiero para todos, en el amor que deseo agrandar».⁽¹⁾

Por una feliz casualidad, el maestro amado y admirado a la distancia, no quitó una ilusión al discípulo. En su modesta casa de la *rue Tronchet* iba a seguir guiándolo cual a menudo lo hiciera con proscriptos de Irlanda, de Polonia, de Italia despedazadas. «Como tipo representativo de sus admiradores o de sus entusiastas, sobre los que el viejo sacerdote ejerció una influencia durable, se puede citar a Francisco Bilbao. Vino a París en febrero de 1845, con el fervor de sus veintidós años por la civilización y por la literatura francesas... Desde su segunda conversación el abate enseñó a su discípulo el cristianismo nuevo y le dijo refiriéndose al clero: *el pasado ha muerto y no resucitará jamás*. Posteriormente, el maestro precavido al joven contra los desórdenes de la adolescencia. Una vez que Bilbao le preguntó si *la castidad era un deber moral o un precepto de higiene*, el viejo clérigo le respondió con tacto y como hombre experimentado que une a la indulgencia de las palabras la austeridad de los consejos: *haga ejercicios, evite el largo sueño, no esté nunca ocioso*. Luego su discurso se volvió suave y lleno de autoridad, su cara pareció ser la del mismo Cristo a los ojos de su oyente emocionado»⁽²⁾. Sin juramentos y sin promesas, se selló entonces una amistad fiel hasta la muerte, ante la que se inclinó reconocido el último en sometérsele.

Desde Saint-Betive y Scherer, hasta Brunetiére y Faguet, pasando por Renán, los más grandes críticos franceses han considerado a Lamennais gran escritor y uno de los mejores estilistas de la lengua de Racine y de Molière. Eligió bien, pues, aquel que desde sus primeros trabajos literario-sociológicos

se entusiasmó con las publicaciones de Lamennais y se propuso desarrollar sus teorías y aplicarlas a nuestra América. Nótase la influencia de las ideas y del estilo del maestro en párrafos como éste: «He aquí ese Nuevo Mundo que sólo ha dado dos veces en la historia. En la primera es mostrado a la humanidad, en la segunda es él que se muestra. Primeramente se ve a ese mundo y se le entierra, después se le ve enterrando a sus conquistadores. Nace, y afirma el equilibrio de la tierra; habla, y rejuvenece la esperanza de la humanidad en sus repúblicas. En su primer paso, extiende el mundo que pisamos; en el segundo, el mundo en que pensamos. Se le vió joven, flotando al viento del porvenir aparecer sobre la tierra como una evocación de la libertad, brillante de ilusiones, combatir como héroe y organizar repúblicas a los acentos del Contrato Social. Mas después de la victoria sintió entonces el combate interno del enemigo impregnado, sintió el peso del antiguo dominio que quedaba»⁽¹⁾. Sentencia de forma lamennaisiana y síntesis exacta del estado en que se hallaban los espíritus cuando, tras el triunfo de nuestra Revolución, surgieron, por un lado, los caudillos y, por otro, la fuerza de la iglesia católica, reconocida como única posible en las constituciones de las nuevas repúblicas latino americanas.

Y si, al fin y a la postre, la propaganda de Bilbao no triunfó siquiera en su propio país, como tampoco triunfara la de Lamennais en Francia, cabe reconocer que ambos, maestro y discípulo, contribuyeron de manera eficaz a formar la opinión pública, elemento principal de las sociedades modernas, base de todo núcleo que aspira a legislar para el mayor bien del mayor número. De las reformas sociales anunciadas y pregonadas por Lamennais, se han obtenido: el sufragio universal, la libertad de la prensa, la libertad de asociación, la libertad de la enseñanza y la libertad de conciencia, con la separación de la Iglesia y del Estado. No todo lo exigido por Bilbao se ha conquistado en Chile, en el que aquél reclamara en temprana hora la natural y sana ley del divorcio. Pero, sus ideas, no siempre originales, han hecho ya buen camino, especialmente en el Uruguay, donde Bilbao ha contado siempre con verdaderos admiradores. Su socialismo cristiano encontró adeptos en casi todas las repúblicas del Pacífico, cuando la falta de comunicaciones rápidas y la ignorancia de las poblaciones hacían difícil la divulgación de doctrinas avanzadas, un tanto envejecidas al presente.

(1) F. Bilbao, op. cit., pág. 76.

Uno de los buenos maestros chilenos de Bilbao, Lastarria, traza de su compatriota una biografía que podría ser la de Lamennais, a quien acusan de veleidoso en sus opiniones los que no profundizan bien su obra, que fué un continuo desenvolvimiento lógico de su propio devenir. Escribe Lastarria: «Tenía un amor que lo dominaba, el del pueblo, cuya salvación y regeneración colocaba en la soberanía. Quería el soberano colectivo, administrando sus negocios, dominando; detestaba la individualidad como elemento disolvente. Tenía un odio que lo cegaba, el del despotismo, y por eso trabajaba por la emancipación del hombre en todo sentido y se irritaba contra toda opresión. Estos dos sentimientos resaltaban y lo dominaban en la época a que me refiero (1844), lo hacían aparecer enemigo de toda autoridad, sin embargo de que amaba el orden y deploraba los males de las rebeliones; como enemigo de la Religión, sin embargo, de que era profundamente religioso y amaba el Evangelio»⁽¹⁾.

En la hora en que la que «el hombrecillo casi imperceptible o, mejor, la llama que el viento de su propia inquietud movía de un extremo a otro de su cuarto», dejó de alumbrar a sus prosélitos, Bilbao andaba por el Ecuador, viniendo del Perú, del que un gobernante despótico, temeroso de la influencia moral del propagandista, acababa de desterrarlo. Ambos, al verse ante la muerte, tuvieron la misma frase tranquila que el primero en pronunciarla legó, generoso, a su heredero de América: «Mis amigos—repetieron—estos son los bellos momentos». Y si bellos no fueron los últimos momentos del chileno, abatido por una terrible enfermedad incurable, bello fué siempre su gesto impregnado de entusiasmo y de socrática resignación.

HUGO D. BARBAGELATA

París, octubre de 1922.

(Pegaso, Montevideo).

(1) M. Bilbao, op. cit., pág. xli.

Club de muebles

— de —

M. Campos y Hnos.

Por \$ 5-50 se le obsequia un juego de muebles de \$ 225-00.

(1) Manuel Bilbao, «Vida de Francisco Bilbao», pág. XLIX.

(2) F. Duine, «Lamennais» (Sa vie, ses ouvrages), pág. 335.